

20

pe setas

francisco umbral

balada

de gamberros

Francisco Umbral (1935-2007) inició su amplia producción bibliográfica, que ronda el centenar de títulos, en 1965 con "Balada de gamberros", una de sus obras menos conocidas. La prosa ágil y el diálogo fresco se imponen en esta novela corta sobre la iniciación en la vida, que muestra ya varios temas que reaparecen en su narrativa: la violencia y el sexo como grandes pulsiones humanas, la rebeldía como reverso de la frustración y una anquilosada ciudad de provincias sometida a la crítica por una juventud convulsa...



Francisco Umbral

# Balada de gamberros

ePub r1.0  
Titivillus 23.01.16

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

Título original: *Balada de gamberros*  
Francisco Umbral, 1965  
Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

## Prólogo

BALADA DE GAMBERROSES *mi primera novela y, por lo tanto, una novela corta. Digo por lo tanto porque al escritor nuevo se le suele quedar corto el material. La novedad es impaciencia y la impaciencia lleva a resumir, naturalmente. Hay escritores nuevos que hacen un primer libro muy largo, pero esto es también por impaciencia, sólo que entendida o practicada a la inversa: la impaciencia de decirlo todo de una vez.* BALADA DE GAMBERROSES *una novela necesaria, convenientemente truncada, y me la publicó Camilo José Cela en Alfaguara, año 1965 o cosa así. Juan Ramón Jiménez lo llamaría un "borrador silvestre".*

*Borrador silvestre de todo lo que había de ser mi literatura de infancia y provincia: Memorias de un niño de derechas, Los males sagrados, Las ninfas, Los helechos arborescentes y lo que salga. Yo a estos libros —y a otros— los llamo novelas para vendérselos a los editores. Luego ya me da igual. Escribir sobre la propia vida, mediante la memoria involuntaria, voluntaria, proustiana, mágica, es hacer una lectura en profundidad de nuestro pasado, del que fuimos y somos, "presentes sucesiones de difunto", con lo cual, conociendo al desconocido que tenemos más cerca, o sea uno mismo, conocemos un poco a los demás, al hombre en general, que es siempre el hombre en particular. Pero más que esta última coartada didáctica de la literatura —didactismo en el que ya ninguno creemos—, la escritura/lectura de mi pasado remoto, mediato o inmediato, de mi presente absoluto (que también practico y que requiere aún más larga memoria), es una manera de recrear la propia vida, y no sólo en el sentido de reformar o crear de nuevo, sino en el sentido lúdico de recrearse con lo recordado, con lo imaginado, con lo inventado, porque dijo Valle-Inclán que las cosas no son como son, sino como las recordamos.*

*Mis autobiografías van siendo cada vez más inventadas, más fantásticas, y por lo tanto más reales. Más que dar información sobre mi vida, prefiero ya dar la imaginación de mi vida. Un hombre es su imaginación. Lo que imagina y, sobre todo, cómo se imagina a sí mismo. Pero toda esta arborescencia nace del realismo corto —secamente poético, tal vez— de BALADA DE GAMBERROS.*

*Mediados los sesenta, esa década prodigiosa para tantos y para tanto, aún gravitaba sobre un germinal escritor español el socialrealismo de lustros, sólo contrarrestado por la lectura desodorante de Henry Miller y los beats, Kerouac, etc. Ésas son las fuerzas encontradas que hay en BALADA DE GAMBERROS: un intento de escritura en libertad, contenido, frustrado por el entorno castieño, madrileño, español, franquista, antifranquista, realista, socialrealista.*

*La novela la escribí en un pequeño apartamento de General Oráa, donde vivía entonces, se publicó y en seguida fue desbordada por otros libros míos, sucesivos y de alguna mayor entidad, parece. Por las mañanas hacía yo periodismo, luego comía en un tabernón de albañiles, en Velázquez, y después de comer me subía a escribir tres o cuatro folios de mi BALADA. Cumplido el rollo, cogía uno de los tranvías amarillos de la Castellana y me tiraba en marcha al llegar al Café Gijón. Madrid, la noche, la libertad (vigilada) se abrían para mí como flores de violenta actualidad. Habría que escribir la novela de cómo hice esta novela. Pero me parece que eso también lo tengo escrito y publicado.*

*Menos mal.*

Francisco Umbral  
Madrid/julio/80

El río se helaba todos los inviernos. Y surgía entre ambas orillas un blanco campo de batalla a donde bajaban, por entre la maleza de la orilla selvática —una orilla era toda selva y la otra casi ciudad—, los chicos de las huertas y los campos. Era un puente de hielo por donde nos llegaba la invasión de aquellos grupos hostiles y huidizos. Una especie de pastores siniestros, de sangrientos zagales que tenían otra forma de luchar y de subirse a los árboles. Usaban honda en lugar de tirador. Eran otra raza.

Una mañana, sin saber cómo, volví a encontrarme luchando junto a los chicos de San Lorenzo, en mitad del río helado. Los zagales de la orilla de allá se replegaban hacia sus arboledas. Sus piedras caían casi verticalmente sobre nosotros, o sonaban opacamente en el silencio del invierno nevado, quedando allí, negras sobre la superficie blanca del agua helada, al alcance de nuestra mano. Eran proyectiles que podíamos devolverles. Armas que se nos brindaban. En una cantera a campo abierto, las piedras arrojadas se pierden entre las piedras. Pero este intercambio de proyectiles, en el río nevado, hacía interminable la batalla.

Aquellos feroces campesinos acabaron por darse a la huida. Nuestras piedras les persiguieron tenazmente hasta más allá de la barrera de ramas secas y troncos pelados que les protegía. Sus perros pastores ladraban con ardor, asomando de pronto la cabeza junto a la orilla.

—¡A ese que huye! ¡A ese!

Nuestras piedras se concentraron en una sola dirección. Un último enemigo —un chico menudo y encogido— corría sobre el hielo, cayendo y volviendo a levantarse. Resbalando a cada paso en su huida hacia la orilla. Las piedras le alcanzaban en la cabeza, en la espalda, en las piernas. Alguno de los nuestros corría hacia él para acertarle mejor. De pronto, el perseguido se desplomó de espalda y la capa de hielo crujió sordamente. El chico había desaparecido de la superficie. Una última piedra rodaba hasta el borde de la enorme grieta abierta en el hielo. Inmóviles, silenciosos, escuchábamos o creíamos escuchar, allá adentro, entre el agua verde y negra que corría bajo la superficie helada, un chapoteo, un rumor, un gemido. Pero no. No se oía nada. Algunos se acercaron despacio, levantando mucho los pies a cada pisada. El pastor, el hortelano, quien quiera que fuese, se había ahogado. Por la orilla silvestre bajaban de nuevo, mudos y reaparecidos, sus compañeros.

Vinieron guardias y gentes miserables de aquellas que acampaban a la orilla del río. Estuvimos allí, nadie sabía si detenidos o qué, hasta bien entrada la tarde. Al muerto lo buscaban tres hombres que iban en una barca rompiendo el hielo y echando al fondo del río profundos arpones. Gentes de la ciudad, negras contra los fondos nevados, hacían y deshacían grupos allá en la orilla, esperando ver el cuerpo del ahogado. Alguien encendió fuego entre los árboles húmedos y los de la banda nos sentamos en torno. Los compañeros del muerto habían desaparecido. Hacia media tarde, llegó un hombre oscuro, con aspecto de labrador empobrecido, y llamaba a voces a los de la barca. Era el padre del ahogado. Por fin regresaron los barqueros con el cuerpo informe de aquel chico.

—A la altura de la presa lo hemos echado mano.

Estaba hinchado y de un color malva. La ropa parecía flotarle sobre la carne. La gente le echaba una ojeada y luego se apartaba, arrebujándose en sus abrigos, como sintiendo de pronto en la carne todo el frío del invierno.

—Dicen que somos los culpables.

—No seas imbécil.

—¿Nos van a detener?

—Trae más leña y calla.

En la banda reinaba el desconcierto. Dupont y yo, al atardecer, cruzamos el río por el puente y nos fuimos a casa. Nadie nos dijo nada. Íbamos en silencio y nos separamos en el primer cruce de calles. Dupont, que había leído en la biblioteca de la plaza

muchas novelas de crímenes, debía estar un poco decepcionado. Sin duda, esperaba protagonizar —tan tímido y con aquellas orejas— una aventura de verdad, con juzgados, detectives e interrogatorios. Pero no dijo una palabra. Dupont sabía callar. Sabía perder.

El río se deshelo a los pocos días, y cuando el agua tibia de la primavera corría entre el agua fría del invierno, nadie se acordaba ya del ahogado. Quizá los de la otra orilla, en su soledad de surcos y lamentos. Pero nadie más.

—¿Alquilamos una barca, Dupont?

Rondábamos los tres o cuatro embarcaderos que, al paso del río por la ciudad, desplegaban su tinglado de tablas y su flotilla de barcas a la sombra de los solitarios merenderos con frescor de un solo árbol y humo de una sola trucha quemándose en la hornilla. El río iba lento y rápido, claro y oscuro, bajo las copas de los árboles, bajo el puente, lamiendo los desmontes y las escombreras, los largos muros de ladrillo quemado, las fábricas abandonadas, los montículos marrones, el desecho de las tenerías...

—¿Alquilamos una barca, Dupont?

Había, casi, que robarla, porque el barquero sólo alquilaba sus barcas a las personas mayores, a las familias que bajaban hasta allí dando brinquetes, con su merienda en la mano. A las parejas de novios; un tipo con la corbata floja y una señorita que nada más embarcar miraba todo el paisaje virando la cabeza en redondo, como para reconocer el camino de regreso. O quién sabe si para compenetrarse íntimamente con la hora y el lugar de su aventura definitiva. A Dupont y a mí nos producían mucha envidia aquellos idilios de río.

—Ésos van a cosa hecha.

—Y la niña, con cara de no saber lo que pasa.

—Pues ya verás cómo vuelve.

—Como puta por rastrojo.

Una vez embarcados, remábamos a toda prisa. Alguien, desde la orilla, levantaba los brazos haciéndonos señales de que aquello iba a ir muy mal y cualquier día nos iríamos a pique. Era una barca para cuatro o cinco, porque entre Dupont y yo difícilmente reuníamos dinero para el alquiler durante una hora. El eterno solitario que se acodaba en la barandilla del puente, nos veía partir. La ciudad, con fiebre de sol en su cal y su ladrillo, reflejaba en el agua sus torres, sus cuarteles, sus iglesias. Dupont, que era un contemplativo, se quedaba mirando las lejanas galerías de cristal, los altos miradores que tenían en sí toda la batalla del crepúsculo.

—Rema, Dupont, y no te duermas.

Íbamos hacia la presa. El río se adensaba en verde. Se adentraba en túneles de sombra verde.

—No reméis hacia la orilla, que hay troncos atravesados.

En cada recodo, en cada remanso, una barca atada a los troncos de la orilla. Y en la barca, una pareja que se abrazaba, que se besaba. Nuestra embarcación irrumpía en su intimidad. Les salpicábamos con los remos, cantábamos a gritos todo nuestro repertorio peor.

*Qué polvo tiene el camino,  
qué polvo la carretera,  
qué polvo tiene el molino,  
qué polvo la molinera...*

Pero nunca llegábamos a ser dueños absolutos del río. Otras barcas cargadas de chicos salían pronto a nuestro encuentro. Había peleas con los remos en alto y violentos encontronazos de las embarcaciones. No era fácil volcar a los adversarios, pero sí echar al agua a alguno de ellos. Las batallas tenían lugar en el centro del río, sin huida posible para unos ni otros. Se luchaba por el dominio absoluto de las aguas,

pero era aquélla una guerra sin vencedores ni vencidos. Tras la mojadura y la huida a nado o a remo, las fuerzas, al día siguiente, volvían a estar igualadas. En el agua no es posible trazar fronteras. Solamente una tarde en que llegamos a aliarnos los tripulantes de tres de aquellas viejas y panzudas barcas, se enseñoreó del río un trasunto de Armada Invencible que nos enardecía a todos con no sé qué vientos de gloria marítima. Remábamos despacio, manteniendo muy distanciadas entre sí las tres embarcaciones. El río se había quedado sin los pacíficos remadores de cada tarde, y tan sólo una pareja de novios se mecía en su bote idílicamente.

—Hay que echar fuera a esos palomos.

De una de las tres barcas nació la consigna. O de las tres a la vez. Rodeamos con nuestras barcas el romántico bote, describiendo en torno unos círculos amplios y amenazadores. En cada una de las barcas remaban dos chicos. Los otros iniciábamos una especie de ritmo guerrero golpeando con palos o con los zapatos en la mano sobre las maderas de las embarcaciones. El tipo del bote, que estaba en mangas de camisa, aflojaba su abrazo y nos contemplaba unos momentos, girando la cabeza. Más tarde, sólo se atrevía a vigilar de reajo. Sin duda estaba nervioso. Ella era una mujer de cabello largo, con los brazos desnudos. Nos observaba con un solo ojo por encima del hombro de su amante. Nuestro cerco les impacientaba visiblemente. Hubieran preferido las canciones procaces, las bromas alegres y brutales de otras tardes.

—Ya está bien de abrazar a la gachí delante de la gente.

—Que coja los remos y se largue.

—No está uno para ver indecencias.

—Que se vayan a la cama.

El rumor, irónico y amenazante, crecía en las tres barcas. La mujer había alcanzado uno de los remos, extendiendo sus largos brazos, y parecía ofrecérselo a él para que iniciase el regreso al embarcadero. Pero el individuo se resistía a la huida. Temía, quizá, el clamor burlón que le acompañaría hasta la orilla.

—¿Y si nos lanzásemos al abordaje?

—Es una hembra de cuidado.

—Un poco delgada.

—Empezarían a gritar y no daría tiempo a nada.

El tipo del bote había empuñado los remos. Se iban. No hubo clamoreo. Hubo algo peor. Remamos tras ellos y nuestro ritmo guerrero —tacatá, tacatá, tacatacatatá— les fue escoltando hasta cerca del embarcadero. Veíamos la fina espalda de la mujer, inmóvil, tapando casi por completo el cuerpo de él, cuyos brazos asomaban por los lados, remando, remando, remando. Sus remadas eran rápidas, pero querían parecer tranquilas, seguras, indiferentes, como un paseo sobre las aguas. Tacatá, tacatá, tacatacatatá... Cuando, por fin, saltaron a la orilla, el tipo se volvió hacia nosotros, desde lejos. Tenía la chaqueta en una mano. Y nos amenazaba con el otro puño cerrado. Pero no se produjo el silbido, o el grito general. Seguía sonando, en cambio, el rítmico golpear de la madera contra la madera. Un son oscuro y duradero. Tacatá, tacatá, tacatacatatá...

Y regresamos hacia nuestros dominios de aquella tarde, dueños absolutos del río con sus dos riberas, hasta que un par de barcas cargadas de chicos surgió de debajo del puente. Primero fue la guerra a distancia. Pero pronto se acabaron las pocas piedras que llevábamos unos y otros. Luego, el cuerpo a cuerpo y los golpes de remo, con las barcas unidas por los costados. Era ya casi de noche y peleábamos sin vernos las caras unos a otros.

—¡Quitadles los remos!

En el fondo de nuestra barca había ya un par de remos de las barcas adversarias. Huyeron manejando un remo por barca. No sabíamos quiénes eran aquellos chicos, pero había que echarlos del río. Y les echamos. Allá en los embarcaderos se recibían

ya noticias de que tres barcas zarpadas a primera hora de la tarde habían despoblado el río y no daban señales de regresar.

Tendido sobre las tablas de madera, junto a mi amigo Dupont, que era un incansable remador y seguía dándole a la correa y el estrobo, yo contemplaba el gran cielo del verano con sus silenciosos racimos de estrellas. Sonaba en las otras barcas el ritmo guerrero como fondo de una canción marinera y melancólica. Olía a agua profunda y entredormida, y el aire se había hecho más fino entre las dos orillas del río. Yo pensaba que me hubiese gustado estar allí a solas con una chica, y trataba de concretar mentalmente qué chica. ¿Tere? ¿Pili? ¿Bego? Sí, una de éstas; no una chica cualquiera, no la sobada y resobada mascota de una banda. Pero el tacatacatatá seguía sonando monótono, monocorde, aburrido ya.

—¿Qué vienen los barqueros!

Dos oscuras embarcaciones, cada una con su lucecita, se acercaban a nuestro encuentro. Les debíamos a aquellos tíos muchas horas de alquiler. Habíamos llegado a creer, quizá, que las barcas eran nuestras. Y remamos velozmente hacia la orilla de la ciudad, hacia las traseras de las tenerías. Fue una huida precipitada, pero rapidísima. Antes de llegar a tierra, los chicos saltaban de las barcas y ganaban la orilla chapoteando sobre el agua. Nos perdimos rápidamente por un largo callejón que subía hacia la ciudad, tortuoso y difícil, entre las tapias de las tenerías.

Las barcas quedaron allá abajo, a merced de la corriente, con los remos en desorden.

*A la sombra de un naranjo te daré,  
¡uyuyuyuy...!  
yo te daré...*

La canción corría sobre las aguas en las tardes tranquilas y turquesa del verano. El río era más hermoso —e incluso más propiedad de uno— si uno iba allí acompañado de una chica. Pero había que elegir bien la chica, porque el alquiler de la barca durante una hora eran dos pesetas.

—Tenemos que aprovechar la hora y las dos pesetas.

—¿Cómo dices?

Se hacían las desentendidas. Primero, uno la había abrazado por las esquinas de su barrio o en los bancos del parque. Si la cosa iba bien, se intentaba lo del río. Eran dos pesetas al agua. Pero la que se dejaba llevar allí, a la soledad y el incógnito del río, a la encerrona sin salida de una barca, sabía a lo que iba a exponerse. Por entonces, uno tenía ya su pantalón largo, recortado de quién sabe qué pantalón de hombre hecho y derecho, y nadie le impedía alquilar una barca. Dupont pretendía que planeásemos aquello a cuatro, pero yo quería intentar a solas la aventura amorosa del río.

—Tienes que ir empezando a trabajar por tu cuenta, Dupont.

—Es que no sé nadar.

—Pues actúa en tierra firme, cabrón.

La barca. El agua. Las dos pesetas. La chica. El recodo más escondido para atracar. Unas veces salía bien y otras veces salía mal.

—Cerca de la presa hay unas chicas bañándose.

—¿Bañándose?

Íbamos cuatro en una barca. Dupont remaba.

—¡Dame un remo, Dupont!

—¡Hay que llegar allí en seguida!

La barca se deslizaba, rauda, corriente abajo. El olor pútrido de las tenerías se iba extendiendo sobre el río en la hora templada de la mañana. Grandes bandadas de chicos se hacían la guerra entre los árboles de la orilla. Al pasar frente a las posesiones privadas, con sus tupidos bosquecillos y sus alambradas, nos ladraban los perros guardianes, saliendo hasta el borde del agua. El chico que iba en la proa preparó su tirador y, sacando una piedra del bolsillo, disparó sobre uno de los perros.

—¡Le has dado en el morro, Segis!

El bicho ladraba enfurecido. Por encima de los árboles, en un trozo de ribera acotado, se veía una alta jaula de hierro. Dentro había un águila que aferraba su pico a los barrotes.

—El día que se escape el águila nos va a picotear los sesos.

Sobre un promontorio de roca, los atletas de todos los días se doraban al sol y daban saltitos golpeándose las nalgas con los talones. El doble paisaje de las orillas iba deslizándose suavemente. Dupont y su compañero de remo trabajaban a buen ritmo. Brisas mañaneras nacían y morían sobre la superficie del agua, como el vuelo corto de algún pájaro que se bañaba a intervalos.

—¡Allí están!

Me arranqué la ropa y salté al agua en calzoncillos. Otro chico me siguió. Dupont y su compañero alzaron en el aire los remos goteantes, dejando que la barca se deslizase dentro de la rápida corriente que iba a despeñarse en la presa.

—Son tres.

—Mira cómo se le pega a ésa el bañador.

Eran chicas de nuestra edad. Alborotaban entre risas el agua de la orilla. Habían advertido nuestra llegada. Dos de ellas se abrocharon rápidamente sus batas sobre los bañadores empapados de agua. La tercera tenía un bañador azul, de punto, con una franja roja. Salió lentamente del río, dándonos las espaldas, y se quedó al sol, de pie, pasando una mano repetidamente por las puntas de su desflecada melena rubia.

Nuestra barca había hecho un viraje, contrarrestando la atracción de la presa, y permanecía inmóvil, atravesada en la corriente. Desde ella, Dupont y el otro remador, un poco jadeantes todavía, contemplaban a las chicas.

—¿No tenéis barca, chicas?

Yo permanecía aún dentro del agua. Una de ellas se volvió para señalar con el dedo los desmontes por donde habían bajado hasta allí.

—No os vayáis todavía —suplicó, casi, Dupont.

Pero las chicas de las batas emprendían ya la ascensión de la cuesta. Se volvieron un momento para despedirse con la mano de su compañera, y pronto desaparecieron.

—¿Tú te vienes con nosotros?

La chica que tomaba el sol se encogió de hombros.

—Yo llego antes por el río —dijo, como explicación.

Era delgada y tenía la piel blanca. Las últimas gotas de agua morían, brillando, en sus finos muslos. Mi compañero y yo, con las cabezas fuera del agua, la contemplábamos en silencio. Los otros dos, desde la barca, siguieron hablando con ella.

—Te vas a poner colorada, con tanto sol.

Trataba, sin duda, de broncear su piel pálida, lechosa. Mantenía los hombros ligeramente levantados. Sus formas se redondeaban apenas en los brazos, en las piernas, sobre la prominencia de los huesos.

—Anda, sube a la barca.

—¿Queréis dejarme en el segundo embarcadero?

Pues claro que queríamos. Recogió sus cosas del suelo y entró despacio en el agua, con la ropa abrazada sobre el pecho. Sus piernas de largos y tenues músculos, cubiertas de una suave pelusa dorada, pasaron muy cerca de nuestras cabezas. Subimos tras ella a la barca. Dupont y el otro remaron despacio, sin apartar los ojos de la chica, poniéndose de acuerdo mecánicamente en la maniobra de los remos. Ella se vistió su bata de flores diminutas, dejándosela desabrochada. Nosotros nos metíamos los pantalones retorciéndonos en el fondo de la barca, para no poner violenta a la chica.

—Me llamo Amalia.

Sus largas piernas languidecían al sol. Iba sentada a popa, ligeramente echada hacia

atrás. Amalia nos había desconcertado un poco a los cuatro. Al llegar al segundo desembarcadero, decidí, repentinamente, desembarcar con ella.

—¿Tú también vives por aquí?

Me encogí de hombros. Amalia iba abrochándose su bata. "Adiós, Amalia; adiós Amalia", repetían mis amigos, sonrientes, viéndonos partir. Había unas escaleras cortadas en el declive arenoso, con los peldaños casi verticales. Cogí el brazo de Amalia, que era delgado y estaba caliente, para ayudarla a subir. No podía evitar el pensamiento de que, si hubiese subido tras ella en lugar de a su lado, iría viéndole las piernas hasta muy arriba. Y, aunque acababa de contemplarla en bañador, eso me hubiera gustado mucho.

Antes de llegar arriba, empujé suavemente a Amalia hacia los árboles que se alzaban a la izquierda. Era un sitio tranquilo y sombreado, adonde no llegaba apenas el olor agrio y fétido de las tenerías. Amalia se dejaba abrazar, riendo, se dejaba besar, y mis dedos se apretaban sobre el contacto húmedo de su bañador y el contacto tibio y seco de su cuerpo. Tenía la risa un poco tonta, y los ojos hermosos, pero inexpresivos. De pronto, cogió mi cabeza con ambas manos y me besó. Sus tímidos senos, su pequeño vientre, sus hombros movedizos y breves. Quise tenderla en el suelo, pero echó a correr, escaleras arriba. Y entonces sí que le vi, de nuevo, las piernas largas y ligeras.

Vivía en el barrio de los curtidores. Fuimos cogidos de la mano hasta el gran portalón de su casa. Entré tras ella en un patio solitario y desmantelado. Zumbaba el gran silencio de las dos de la tarde. No se oía a nadie. No se veía a nadie. Parecía que estuviésemos solos y perdidos en aquel barrio de curtidores.

—Amalia...

En el centro del patio había una gran tinaja de madera llena de agua jabonosa y maloliente. Y en el porche del fondo, unas pieles colocadas verticalmente sobre un tendedero. Un olor de animal muerto, embalsamado en no sé qué ácidos, nos envolvía. Retuve a Amalia de una mano.

—Va a salir mi madre, oye...

—Amalia.

—Qué.

—Quítate en seguida el bañador. Vas a agarrar un catarro.

Estuvimos en silencio, reconcentrados en la idea de que iba a quitarse el bañador en seguida, desnuda en su habitación del fondo de la tenería.

—No comas con él puesto.

—Adiós.

—¿Bajarás mañana al río?

—Sí.

Y nos besamos. Cuando regresaba a casa para comer, sentí de pronto que no tenía apetito. Los besos de Amalia o el olor de aquel patio me habían revuelto el estómago.

\*\*\*\*\*

Berto tenía nada menos que dieciocho años. Se peinaba varias veces al día su largo pelo rubio, marcándose una onda muy alta sobre la frente.

Berto trabajaba en el mercado con los asentadores de fruta.

—Lo que pasa es que roba cestas enteras y luego las vende —decían sus incondicionales.

—La hija del asentador, que la ha tomado con él y quiere protegerle —era la explicación que daban otros a la vida y milagros de Berto, un tipo admirable, siempre con camisa de cargador y pantalones muy estrechos.

—Las negras lo tienen rosa —nos explicaba Berto.

Alguna tarde, a última hora, nos reuníamos en el mercado de frutas, ya cerrado, en torno de Berto, casi una docena de chicos. Si la niebla del anochecer llegaba hasta allí, encendíamos una pequeña hoguera de tablas.

—Quemad esos cajones, que son del viejo —pedía Berto.

Decidido a ganar dinero, mi dinero, acudí durante unas cuantas mañanas al mercado de fruta, no para merodear y llevarme las piezas al descuido, como había hecho en otro tiempo, sino para trabajar a las órdenes de Berto en aquel gran andén, entre un trasiego de cajas, mercancías, vendedores y obreros. Llegaban las viejas camionetas cargadas hasta por encima de la cabina. De entre la activa maraña de gentes surgía una hilera de cargadores, cada uno con su caja de fruta a la espalda. Se les veía subir una escalera metálica y descender en seguida por el lado opuesto, cruzar una pasarela, entrar por una puerta, salir por otra, como en una representación o un ensayo general. Entre los gritos de los vendedores, el golpe de las básculas y la rítmica tarea de docenas de brazos, eructaba de pronto el ronco bocinazo de una camioneta. Frutas y verduras, en cargamento compacto, pasaban de los vehículos a las grandes naves, de las naves a los vehículos, dejando un rastro de aroma huertano y pisoteadas hojas de lechuga.

—Ponte junto a esa báscula y vete cargando cajas.

Berto me daba una orden y no volvía a ocuparse de mí. Él iba y venía, echándose una caja de fruta a la espalda de vez en cuando. Mordisqueaba una interminable manzana que, cuando había tarea, se guardaba en un bolso, frotándola luego contra el pantalón antes de darle un nuevo bocado.

Aquello era agotador y, además, aburrido. A última hora de la mañana, cuando cada naranja había quedado maravillosamente encajada en su cesta, en su hilera, en su hueco, Berto me echaba un brazo por los hombros y nos íbamos a una taberna cercana. El mercado quedaba en silencio, oloroso y cerrado.

—A ver qué vino nos dan hoy.

A Berto parecía preocuparle esto del vino de cada día.

—¿Entramos?

Era una calle de tabernas y almacenes de vinos. En las alcantarillas había manchas rojas. Los taberneros limpiaban sus cubas en la acera. Berto y yo nos íbamos a un rincón del establecimiento y desenvolvíamos nuestros grandes bocadillos.

—Hoy nos han breado bien.

—Ya.

Los parroquianos, casi todos gente vieja, hacían corro en torno de la estufa o se aglomeraban en el mostrador, golpeando sus monedas contra la chapa de zinc. Había un parálítico que se colocaba con su cochecito junto a una esquina de la barra. En el vehículo llevaba un pequeño tenderete con tabaco, cerillas, billetes de lotería y mechas de encendedor. Organizaba improvisadas rifas entre la parroquia y luego llamaba a voces al chico que iba con él —perdido siempre en su rincón, donde se daba al raro vicio de meterse los dedos en la nariz—, para que empujase el carrito hasta la calle.

Berto y yo masticábamos nuestros bocadillos en silencio. Berto bebía de la botella por la caña que perforaba el tapón, y luego me pasaba el vino. A veces hacíamos corro con otros cargadores del mercado. Aquello me recordaba un poco los recreos de la escuela, en torno de la estufa. "Ahora estarán allí otros chicos, igual que yo entonces", me dije una vez. Y este pensamiento me puso, sin saber por qué, un nudo en la garganta. Un nudo que no dejaba pasar la bola de pan y tortilla del bocadillo. Aquella gente del mercado era tan necia que vivía feliz cargando cajas de fruta o llevando maletas a la estación. Se envolvían las piernas en trapos o, si era verano, iban sin calcetines, con los pies secos y desnudos dentro de unos grandes zapatos pardos. Había entre ellos viejos y jóvenes. Yo miraba a Berto y me preguntaba cómo un tipo tan bien peinado podía sujetarse a todo aquello.

Pronto dejé de ir al mercado. Cuando alguna tarde caíamos Dupont y yo por la reunión de Berto, en torno de la hoguera donde se quemaba una caja de fruta, éste no habló para nada del asunto. Seguía con sus disertaciones sobre las diversas coloraciones de

la mujer según zonas del cuerpo y áreas geográficas. Todo el andén, silencioso hasta el día siguiente, olía a naranja mandarina. Una noche, cuando la niebla se apretaba bajo la gran marquesina de hierro y la llama de la hoguera parecía a punto de ahogarse, encontramos a Berto y su gente en consejo de guerra.

—Que a la novia de Berto quieren casarla con un gitano.

—El viejo es un cerdo. Se ha enterado de que el faraón tiene perras.

—Pero esa boda estará mal vista entre los calés.

—Es que no va a haber boda, y para eso estoy yo aquí —interrumpía Berto.

—¿Y qué dice ella?

—Ella no dice nada.

—Le tiene miedo a la navaja del viejo.

—Y a la navaja del gitano.

—Está entre dos navajas.

Esperé que Berto dijese: "También yo tengo una navaja." Pero no dijo nada.

—Es un gitano gordo y negro. Tiene un bigote de morsa.

Berto se levantó, de pronto, y pisoteó la hoguera. Se había acabado el consejo. El plan era acudir en grupo al barrio de los gitanos y buscar a la hermana menor de aquel tipo, una gitanilla de doce años, bailaora y un poco golfa, para llevársela secuestrada. Creo que ninguno entendíamos bien la retorcida venganza, o lo que fuese, del burlado Berto, pero aceptamos en seguida el proyecto.

Al día siguiente, a las siete de la tarde, nos reunimos bajo la marquesina del mercado y echamos a andar hacia el barrio de los gitanos. Éramos media docena de hombres.

—Tampoco conviene que seamos más —dijo Berto.

Atravesamos en silencio las calles céntricas, internándonos luego en un barrio de conventos y viejos caserones que habían sido palacios. Íbamos en grupo muy apretado por las estrechas aceras.

Hacía frío. Algún apresurado peatón se volvía a mirarnos. Parecía adivinar en nosotros algo raro. ¿Se nos notaría en la cara que íbamos a raptar a la niña de los gitanos?

Había que cruzar un largo puente sobre el río. La ciudad, allí, era dos ciudades, muriente cada una de ellas en una orilla del agua, con agonía de luces heridas e inseguras. Al otro lado del puente, entre fábricas de harina y altas chimeneas de ladrillo que tenían escrito de arriba a abajo, en letras negras y verticales, la palabra "textil", estaba la estación de cercanías, y en ella, los trenes en vía muerta. Cruzamos sobre los raíles. El andén estaba desierto y la niebla lo tornaba un poco fantasmal. En seguida llegamos al barrio de los gitanos. Olía a ropa sucia y ahumada. A vieja hoguera campamental. A parto de churumbeles entre mantas de burro.

—Vamos.

Berto había dicho "vamos" para darse seguridad. Todos íbamos. Dupont me tocó en un codo. "Mira." Me mostraba una navaja. El acero brilló súbitamente, volviendo a desaparecer en su bolsillo. Berto se adelantó un poco. Iba mirando a ambos lados de la calle irregular, miserable, que parecía ahogarse, allá al fondo, entre cuevas de adobe y tendedores de ropa. Con su aire de reto y sus estrechos pantalones, Berto me recordaba un poco a los pistoleros de las películas del Oeste que yo veía todos los domingos, a caballo sobre la última viga del cine.

—Allí es.

La casa estaba sucia, renegrada sobre el enjalbegado. Era una construcción reducida, de una sola planta. Tenía un ventanuco y una puerta cubierta con una cortina de saco y un jirón de colcha roja. El grupo reculó hasta la acera de enfrente. De la casa llegaban rasgueos de guitarra, palmas y voces gitanas.

—Ya está bailando esa zorra.

La zorra era la gitanilla de doce años que nos íbamos a llevar raptada.

—Quieren que se haga artista —explicó Berto, innecesariamente, como para darle

largas a la cosa.

De pronto, se volvió hacia mí.

—¿Quieres entrar ahí?

—A eso hemos venido, ¿no?

—Pero tú solo. O con Dupont —añadió, pensándolo un momento.

—Eso, con Dupont.

—Tienes que hacerla salir.

—Ya.

Dupont se puso a mi lado.

—¿Y qué vas a decir? —me preguntó Berto. Comprendí que el cargador de fruta estaba mucho más desconcertado de lo que yo había supuesto. "Nos has traído aquí a ciegas", estuve a punto de decirle. Pero eché a andar hacia el otro lado de la calle. Dupont me seguía. Todo el plan de ataque de Berto se reducía al empleo desmandado de la fuerza bruta. "No tiene calidad de jefe", me dije. "O será que este asunto le ha desmoralizado." Pero el descubrimiento de la debilidad de Berto me movía, sin saber por qué, a ayudarle decididamente.

—Diré que la esperan para bailar en la fiesta de unos payos.

Me había vuelto hacia el grupo, con la mano ya en la vieja colcha de la puerta. El rumor de la juerga sonaba allí mismo, inmediato. Levanté la colcha y luego la cortina de saco. Dupont hacía sonar el muelle de su navaja dentro del bolsillo. Nos dio en la garganta un golpe de humo. Y un olor nauseabundo de madera reseca. Tosimos. Entonces fue cuando el grupo que llenaba la pequeña habitación advirtió nuestra presencia.

—¿Quién anda ahí?

—Son unos payos. Pero muy jovencillos.

No se había interrumpido la danza, pero las guitarras estaban indecisas.

—Que si viene la chica a una fiesta que hay en Capitanía.

—¿Con los *melitares*?

Un gitano viejo y macizo se adelantaba hacia nosotros desde el fondo borroso del humo y las palmas.

—Sí, que han venido unos señores extranjeros y en Capitanía quieren que baile la chica.

—¡Me llaman a la hija los de la Capitanía General! —clamaba una gitana vieja con voz retórica y llorosa.

Cesó el baile y la música.

—¡Qué artista, la Olivita!

La Olivita y su pareja, un bailar delgado y casi niño, nos miraban. La Olivita era como una serpiente joven vestida de faralaes. Había murmullos entre los calés. Iba y venía una botella de vino. Yo tenía en el paladar el sabor a orín de aquella cueva.

—¿Y por qué no ha venido a buscarla un *melitar*?

Fue el peor momento. Me preciaba de saber mentir, pero no había pensado en aquello. Mas ni siquiera tuve que contestar. La madre de Olivita le arreglaba ya a la niña la flor del pelo.

—¿Puede acompañarla el chico? Es su pareja.

—Sí, claro. Querrán ver a la pareja.

—¿Y qué va a ganar la niña con esto? —preguntaba el gitano viejo.

—Buena propina le darán en la Capitanía —atajó la madre de Olivita.

—Con el chico va segura.

—Los *melitares* son gente de rumbo.

—¡Ay, Jesús y María!

Miré todas las caras una por una, tratando de identificar al gitano con bigote de morsa que le iba a quitar la novia a mi amigo, pero no debía estar allí. Cuando salimos a la calle, Berto y los otros desaparecían en grupo por una esquina.

—Pero queda lejos la Capitanía.

—En el puente tomaremos un taxi. Nos han dado dinero para el taxi —dijo Dupont, de pronto. Íbamos los cuatro por el centro de la calle.

—¿Por qué no vamos con ellos? —dijo una voz.

—Los *melitares* no quieren barullo en la Capitanía —dijo otra.

Los dos gitanillos avanzaban de prisa entre Dupont y yo. La Olivita movía exageradamente los faralaes de su bata al andar. En cuanto doblamos la esquina, empecé a sentir tras de nosotros la invisible presencia del grupo. Al llegar a la solitaria estación, Dupont, que iba junto al gitano, le retuvo, de pronto, apoyándole su navaja en el pecho. Puse mi mano derecha sobre la boca de la Olivita cuando ella iba a soltar el grito. Con la izquierda sujeté su cintura. Los otros llegaron a grandes zancadas y todo fue rápido. Pero la Olivita mordía, mordía. Me dejó la mano ensangrentada. Vi cómo el gitano se desplomaba sin sentido sobre el andén. A Olivita me la arrebataron de entre los brazos. Corrieron con ella hacia el tren que estaba en vía muerta, cargándola como un fardo en uno de los vagones. Desaparecieron todos dentro del jaulón de mercancías.

—¡Dupont!

Dupont estaba ya con el pie en el alto estribo del tren. Pero se dejó caer al suelo.

—¡Vámonos de aquí! —le dije—. Esto no es cosa nuestra.

Corrimos por la vertiente que llevaba hacia el río. Desatamos, en la oscuridad, una solitaria barca que había en la orilla, y Dupont, gran remador, condujo la embarcación corriente arriba, entre la niebla, muy lejos de todo aquello.

No había vuelto a ver a Amalia desde el verano. Nos habíamos bañado juntos unas cuantas veces. En cierta ocasión conseguí espiarla entre la maleza mientras se desvestía para ponerse el bañador. Y eso fue todo. Pero Amalia, ahora, estaba allí, en el escondrijo del Vespa y la Mogumbi. Habían llegado en la moto, cogida ella a las caderas del tipo. Apenas pareció fijarse en mí cuando llegaron al fondo del sótano, adonde estábamos nosotros.

Era la bodega de una imprenta. El olor soso del aceite de engrasar las máquinas y el olor salado de las grandes pilas de papel se mezclaban en aquel local de techo bajo. El Vespa, no sé por qué, tenía la llave de la bodega. Encerraba allí la moto. Y algunas noches, la Mogumbi y él organizaban bailes en aquella cueva. La Mogumbi era una especie de gigantón con todos los atributos femeninos, mal y anticipadamente repartidos, sobre un cuerpo que seguía creciendo. También la Mogumbi tenía la llave del sótano. Por aquella imprenta —donde se imprimían coplas de ciego, folletos obscenos y hasta pasquines políticos, junto a los impresos oficiales de no sé qué servicio burocrático— habían pasado todos los chicos y chicas de nuestra edad. Quizá era Amalia la única que aún no conocía el lugar.

—¿No os quedáis al baile? —me preguntó el Vespa mientras le cambiaba la aguja al tocadiscos, que estaba en un rincón, en el suelo.

No. Dupont y yo no nos quedábamos. Sabía cómo solían terminar aquellas reuniones subterráneas. Y sabía que el Vespa, cuando arrinconaba a una chica —Amalia, la Mogumbi o quien fuese— no la dejaba escapar. "Yo siempre me hago con ella". Siempre se hacía con ella. De modo que le hice señas a Dupont con un cigarro en la mano. Cuando estuvo junto a mí, le di el cigarro y subimos los dos hacia la calle, deteniéndonos a encender los pitillos en la estrecha escalera de la imprenta. El primer disco de la noche sonaba ya en el sótano. Era un calypso.

—¿Qué sabes de Berto y los otros? —me preguntó Dupont cuando estuvimos en la calle.

Pero yo no había vuelto a ocuparme de aquel asunto de unas noches atrás. Dupont se había informado por la prensa. Dupont era un tipo que leía periódicos. Le había quedado el hábito, se conoce, de sus largas mañanas en la biblioteca pública, cuando le daba durante horas y horas al "Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno".

—¿Has visto a esa zorra de Amalia? —pregunté cuando Dupont empezaba a contarme el caso de la Olivita según versión de la prensa.

—Sí. La del río. Ya la he reconocido.

—¿Hacia qué hora crees que caerá?

Y me complacía en el cálculo, dolorosamente.

Dupont rió un momento con su risa de tímido y luego se encogió de hombros. Caminábamos despacio, fumando, entre calles secundarias. El otro volvió al tema de la Olivita e incluso sacó un periódico del bolsillo.

—Estuvieron a punto de que les agarrasen los gitanos.

—Soltaría la alarma el marica del bailarín.

—Fue una operación asquerosa, creo. Como lo que hicieron los de San Lorenzo con la mascota, o algo así. Y eso que el periódico no lo cuenta todo, ni mucho menos.

—¿Y los guardias?

—Los guardias, tarde. Como siempre. Encontraron a la gitana en el vagón. Desvanecida. Las tribus de todo el barrio se han juramentado para tomarse la venganza. Está todo aquello acordonado por la Guardia Civil.

—Pues sí que la hemos armado buena.

Y reímos juntos un momento.

—Pues a los únicos que les han visto la cara los gitanos es a ti y a mí.

—No creas. La Olivita se habrá quedado con la cara de todos.

—Esas cosas no se olvidan.

Y volvimos a reír. Nos encaminábamos, sin previo acuerdo, hacia el mercado de fruta.

—Puede que la novia de Berto les haya dado alguna pista a los guardias.

—Sí. Hay que acercarse con cuidado.

Pero no se advertía nada sospechoso en los alrededores del mercado. Nos acercamos. La hoguera de todas las noches ardía, a punto de extinguirse, entre la niebla. No había nadie en torno.

—Ésos acaban de marcharse.

—Y Berto no ha debido asomar por aquí. El siempre pisa la hoguera antes de irse.

Nos sentamos en el suelo, al abrigo de la marquesina, acercando las manos a la hoguera. Dupont encendió otro cigarro en la solitaria llama. Hacía frío. El andén olía tenuemente a fruta pasada. Todo el mercado era como una banasta de fruta podrida.

—Aquí habla de "delincuencia juvenil". Y luego de "delincuencia infantil en nuestra ciudad", dijo Dupont, leyendo el periódico a la luz del fuego. Luego leyó de corrido y a media voz las largas columnas del texto. "La educación equivocada", "la crisis de la sociedad y de la moral", "la desunión de las familias", "la rebeldía inconsciente de la juventud"... Eran frases que me sonaban de algo.

—¿Y qué tienen que ver la Olivita y Berto con la crisis ésa? —preguntó Dupont—. También son ganas de llenar el papel de cosas... Dice mi abuelo que con Napoleón andaría mejor el mundo. Que debía haber un Napoleón en cada siglo...

Y siguió leyendo. Pero yo pensaba, de pronto, sin saber por qué, en la ya desaparecida banda de mi calle, en Tablares; en el día que me caí de la tapia, en aquella otra ciudad, abriéndome la cabeza. "Hace frío, Dupont." Y cerré hasta arriba la cremallera de mi cazadora. Los besos a las teresianas. El tercer grado, el cuarto grado. No era tan malo asar patatas en la estufa, durante el recreo. El patio de Tere. La criada de Peñaranda. El chico que se ahogó en el río. La pastelería. "Presentarse de cuatro a cinco." Y pensar que había estado a punto de ser pastelero; esclavo de un pastelero... Qué imbécil. A Tere se la llevaron en una bici. A Amalia acababan de llevársela en una Vespa. La calle. Siempre en la calle.

—Dupont —le corté—, ¿sabes que estamos a punto de ir a la cárcel?

Siempre en la calle. Para siempre, ya, en la calle. Pero hay que ser fuerte. Hacerse fuerte. Tener cosas. Los otros tienen cosas. Una bicicleta, una Vespa. Y se ven, por el verano, grandes automóviles con una mujer dentro, sentada al volante, con las faldas por medio muslo. "La gente tiene cosas, Dupont." Había que hacer algo.

—¿Trabajar? —preguntó Dupont, doblando su periódico.

—La gente no trabaja. La gente hace otras cosas. "No sé", le dije. "La crisis de la sociedad y de la moral." "La rebeldía inconsciente de la juventud", decía el periódico.

—Dice mi abuelo que tenía que haber un Napoleón en cada siglo.

—¿Napoleón?

La calle. En la calle se ve a la gente. Cada uno con todo lo que tiene. Nadie se deja nada en casa. La mujer. El coche. El reloj de oro. Los billetes verdes. Un japonés con cara de gato capón saca entradas en el teatro para él y para la mujer alta, rubia, privilegiada, desdeñosa, que lleva a su lado. "La gente tiene cosas, Dupont. La gente tiene mujeres. Hasta los japoneses. Todos. Y no trabajan. Yo, al menos, no les veo trabajar. No me los he encontrado nunca en este mercado, a las seis de la mañana, cargando fruta."

—Necesitamos un empleo, oye.

Miré a Dupont. Yo le había sacado para siempre de su biblioteca. Dupont, tímido, pero valiente.

Su madre le había dado para merendar leche de la que estaba mamando el hermano pequeño. Luego le enviaron a la biblioteca pública a leer "Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno".

—No seas idiota, Dupont. Hay que hacer algo.

—Pues eso: un empleo.

—¿Te acuerdas cuando yo quise ser confitero?

Y nos reímos de buena gana.

—No es eso, Dupont. No hemos nacido para sobar la crema de los pasteles. Hay que buscar algo. Dinero, ¿sabes? Estamos perdiendo el tiempo. Quizá en otros sitios sea más fácil. ¿Qué dice tu abuelo de Francia?

Dupont se encogió de hombros.

—Dice que cuando Napoleón era otra cosa.

La calle envenena. Cuando uno ha vivido mucho en la calle, lo ha visto todo. Y no tiene paciencia para meterse en una habitación a estudiar un libro, a aprender un oficio. En la calle, parece que está todo al alcance de la mano. Pero si alargas la mano, en seguida sale un guardia. Estás en casa, miras la calle desde el cristal de la ventana y dices: "Me voy. Hay muchas cosas ahí fuera. Ya saldrá algo. Hay que vivir". Pero luego, en la calle se te pasa el tiempo mirando escaparates, o siguiendo a una mujer. Cuando te quieres dar cuenta, todos se han ido a sus casas y estás solo en la calle, lleno de frío y con las manos en los bolsillos. Pero uno no quiere irse a casa. En casa siempre están recontando el dinero que no tienen y la cañería del retrete se atranca todos los días. A veces, la calle huele bien. Las mujeres, las tiendas, el barullo. Hasta los tíos huelen bien. Y uno va entre los demás como si fuera uno de ellos. Como si también llevase los bolsillos llenos de cosas y hubiera aparcado el coche a la vuelta de la esquina. "¿Sabes que vamos a ir muy pronto a la cárcel, Dupont? Y sin haber probado a la Olivita". Dupont escupió. "Estaba asquerosa", dijo. "Cómo habrán podido". Me puse en pie y pisoteé la hoguera, como solía hacer Berto. Eché a andar en silencio. Dupont iba a mi lado, con el cuello de su cazadora subido. "Esta puta niebla...", dijo.

Las calles, la ciudad donde uno vive, donde uno se mueve, no son una cosa fija, sino cambiante. Hay días, noches, en que la ciudad se queda pequeña, pequeña, y andas acorralado de acá para allá, dándote con las paredes. No hay adónde ir. No hay nada que hacer. Otras veces, en cambio, las calles crecen, la ciudad se alarga, parece inmensa, diferente. Y no se acaba nunca de llegar a ningún sitio. Por ejemplo, aquella noche. Mi amigo y yo caminábamos a buen paso, o quizá demasiado despacio. O quizá ni siquiera caminábamos. Pero lo cierto es que no avanzábamos gran cosa. Sólo ganábamos niebla. Habíamos recorrido, seguramente, grandes distancias de niebla. Mas sólo eso. Aunque también podía ser que no tuviésemos ninguna gana de irnos a casa. De llegar a casa. De separarnos.

—Me parece que no tengo ninguna gana de irme a casa.

Despacio. La ciudad volvía a ser nuestra. Mía. Los últimos o los primeros coches. Un guardia. Un autobús. "¿A estas horas un autobús, Dupont?" Parece que la ciudad es de uno, pero no lo es. Ni siquiera la calle, las calles. Hay quienes tienen la llave de todo esto. Las llaves de las casas, de los Bancos, de los cines, de los bares, de las tiendas de ropa... Y la llave de las calles. Uno sólo tiene el llavín de la puerta de su casa. Y sólo por eso, se cree ya un hombre. Un dominador. Un triunfador. Pero el periódico, según había leído Dupont, les llamaba chicos, casi niños, a los del asunto de la Olivita. A nosotros. Muchachos, exactamente. Ésa era la palabra. Qué estúpida palabra. "Muchachos". Pisábamos despacio, acompasadamente, entre la niebla.

—Dupont.

Y tuve miedo de lo que le iba a preguntar.

—Sí; yo también me voy a dormir.

—No, espera. No es eso. No te iba a decir eso.

Seguíamos caminando. Pasó un coche. Y otra vez nuestros pasos. Solamente nuestros pasos en la niebla.

—¿Cuántos años tienes, Dupont?

—¿Vas a pedir mi mano?

—Yo voy a hacer dieciséis.

El tono de mi voz le puso serio.

—Yo ya los tengo —dijo.

—El periódico nos ha llamado criaturitas, ¿no?

—Pues que tengan cuidado con las criaturitas, no vaya a ser que cuando acabemos con las hijas de los gitanos empecemos con las suyas.

"Pero yo aún no sé lo que es una mujer", me dije. Sería ridículo confesarle esto a Dupont o a cualquiera. Hablábamos solamente de aquello, casi. Vivíamos para aquello, y yo aún no lo conocía. Pensé, por un momento, que debiéramos habernos quedado en el vagón de ferrocarril a esperar nuestro turno en lo de la Olivita.

—Aunque yo empezaría mejor por las blancas —seguía diciendo Dupont—. Las gitanas me dan asquito. Y sobre todo, en el plan del otro día.

—Hubiéramos podido ser los primeros, Dupont. Nosotros fuimos quienes la sacamos de casa.

—No creas. Lo de Berto era una cuestión de revancha. Había que dejarle paso. Tenía derecho. Además, la idea fue suya. Seguro que empezó él. Y que le aproveche. La niña parecía una cría de serpiente.

—Ven a tomar un orujo, que es más barato —sugirió Dupont, cogiéndome de un codo. Era una taberna sin sueño, abierta toda la noche. Se entraba por un largo pasillo y al final estaba el mostrador de zinc. El orujo. Toda una noche en la calle. ¿Y qué? Al final, nada: el orujo. Otros tienen las llaves de las cosas. "Hay que hacer algo, Dupont", pensé, sin decírselo. Hacer algo. Pegar duro. En la vida sobre todo. Parecen sobrar, a la salida de un teatro, por ejemplo, joyas, perfumes, dinero; mujeres, incluso. Tiene que haber para todos; para nosotros. "Y pronto, Dupont; muy pronto." Y me estaba llamando Dupont a mí mismo.

\*\*\*\*\*

—Lo de los contadores es cosa hecha.

—¿Y la moto?

—Éste tiene moto.

Contadores de agua y madejas de hilo de cobre.

—¿Y eso se vende bien?

La operación valía la pena.

—Contad conmigo para esta noche. Dupont también viene.

Fernando pagó las cervezas y salimos del bar.

—Hay que lanzarse, Dupont —le dije, cuando nos quedamos solos.

—Dices eso porque lo de Olivita nos salió redondo.

—Ya lo ves. Y no es que yo me vaya a dedicar a esto, pero alguna operación rentable, de vez en cuando...

—Es verdad. No va a andar uno siempre resolviéndole el lío a los amigos cornudos

—dijo Dupont, con su extraño sentido del humor.

Robar hilo de cobre y contadores de agua.

—No se puede vivir del hilo de cobre —murmuró Dupont.

—Pues claro que no. Pero nos hemos decidido a hacer algo, ¿eh?

—¿Y qué cosa se te ocurre para cuando se vaya acabando el hilo de cobre?

Estábamos ya a la espalda de la ciudad, cerca del río. Nos sentamos en una balastrada de cemento, junto a la fábrica de electricidad. De la inmensa nave sin puertas, llena de máquinas gigantes y curvilíneas, como ballenatos de acero, emanaba hacia el complejo de cables un halo azulado y huidizo, una momentánea serpentina de las que quizá fuese la electricidad misma, el misterioso fluido, hecho visible por un momento. Yo pensaba en mis cosas y en las cosas que me estaba preguntando Dupont. El rumor oscuro y poderoso de la central eléctrica me llenaba la cabeza.

—Hay algo más, Dupont.

—Sí, ya sé, el tío Oscar, si es que no se ha muerto. O el Buja.

—Que uno todavía es macho, Dupont. ¿No has entrado nunca en el Hotel Central?

Dupont movió una mano en el aire.

—Una vez fui a llevar una maleta. Pero no pasé del vestíbulo.

—Pues eso, el vestíbulo. Hay unas viejas que son extranjeras y que vienen buscando gente joven...

Dupont arrugó la nariz, y al hacerlo se le movían las orejas.

—Ni viejas ni gitanas, oye.

—Pues no pensarás vivir de un guayabo...

—De momento, vamos a lo del cobre. A ver cómo se da esto. Y luego, ya saldrá algo.

—Sí. Aquí puede haber dinero para una temporada.

—De todos modos —Dupont se inclinó hacia un lado para rascarse un tobillo, antes de continuar, como si le costase trabajo decir aquello—, de todos modos, oye, yo creo que una cosa segura, y sin peligro, un trabajo, vamos, nunca está de más. Por si acaso, ¿sabes?

—Por si vienen mal dadas.

—Eso.

—¿Sabes que echa calor la fábrica?

De la inmensa boca de la fábrica nos llegaba por la espalda un aire denso y desagradable.

—Vamos.

Saltamos al suelo y, cuando ya nos alejábamos, Dupont echó una mirada al interior de la gran nave.

—¿De ahí sí que nos llevábamos unas pesetas, eh? —dijo, con la repentina e ingenua ansiedad del que va a debutar en el oficio.

—Y algún calambrazo gordo.

Tuvimos un día pensativo e inquieto. Sólo al llegar la noche, cuando se puso en marcha el plan y entramos en acción, el cerebro se nos despejó con la actividad del cuerpo. Fernando llegó con su moto a la hora convenida. Fernando era un tipo moreno con las piernas ligeramente arqueadas, como si en lugar de motocicleta montase un caballo. Traía con él a un chico con mono azul de electricista. Ambos eran mayores que nosotros.

—Éste es el técnico de la operación —dijo Fernando, sonriendo oscuramente.

El técnico hablaba poco y se movía despacio, pero a tiempo. Atendía por Arcos.

—¿En marcha?

Todo fue rápido y sencillo. El almacén de los contadores de agua estaba en un barrio solitario y silencioso a aquella hora. Fernando esperó en un callejón, con la moto enfilada hacia la carretera. Arcos, Dupont y yo saltamos un par de tapias y luego caminamos a gatas por un tejado. Arcos iba delante. Entró en el almacén por una claraboya. Yo le esperé al borde del tejado, con un saco dispuesto para ir metiendo en él los contadores y los rollos de hilo de cobre. Dupont, al otro extremo del tejado, vigilaba. Todo era fácil y hasta hermoso. Arcos tardó casi un minuto en dar señales de vida. Parecía que la claraboya se lo hubiese tragado para siempre. Pero yo estaba tranquilo. Era una noche sin luna. Negra y un poco solemne, como un ropaje antiguo. Allí, en lo alto del tejado, me sentía libre. Y aquella sensación de libertad, de facilidad, de impunidad, llegó a hacerse, en un segundo que fue inmenso, casi angustiada, como un vértigo. Sonaba, debilísimo, el llanto de un niño, dentro de alguna casa, de alguna habitación, detrás de alguna ventana. Y luego, en una galería, el golpe de una cisterna y su fresca catarata de agua, cañería abajo. Frente a mí, sobre los tejados y los patios, el resplandor de un anuncio luminoso cuyas letras me quedaban ocultas. Arcos se movía allá abajo, a la puerta del almacén. Me incliné un poco. Fue echándome los contadores. Uno a uno. Hasta diez. Hasta quince. Luego, los rollos de cobre. Yo lo

metía todo en el saco.

—¡Un sereno!

Dupont nos avisaba a media voz desde el otro extremo del tejado. Le hice una seña a Arcos, que desapareció dentro del almacén. Dupont vino a mi encuentro, sobre el tejado, y saltamos al suelo. Él iba delante. Escaló una tapia y desapareció. Eché el saco por encima de la tapia, y escalé rápidamente. Dupont estaba ya en lo alto de la otra tapia, con el saco a la espalda. Fernando, en la calle, montado en la moto, la empujaba haciendo fuerza con los pies en el suelo. Dupont me dio el saco y desapareció. Subí a la moto, que arrancó de golpe. El saco iba entre nosotros dos. Un sereno daba la vuelta a la manzana precipitadamente. Detrás venían dos guardias. Sin duda, nos habían visto en el tejado. Yo iba con la cabeza vuelta. Los focos de un coche me deslumbraron súbitamente, borrando las figuras de los guardias y el sereno. La moto trepidaba ya por la carretera. El coche que venía detrás torció hacia la derecha, desapareciendo. Nos alejábamos sin dejar rastro. Me incliné hacia adelante, clavando mi barbilla en el hombro izquierdo de Fernando.

—¿Podrá escapar Arcos? —pregunté a gritos.

La nuca de Fernando se ladeó muy cerca de mis ojos, en un movimiento ponderativo de la habilidad de su compañero. No había cuidado. Y aceleró la marcha bruscamente, embistiendo a la noche con el faro loco de su moto.

Fue una carrera vertiginosa contra el viento de la carretera. Cruzábamos pueblos dormidos, puentes, largas llanuras en sombra. Contra nosotros, de tarde en tarde, unos grandes faros. Pasaba el camión nocturno azotándonos de costado con un ventarrón salobre. Iba camino de la ciudad con su carga de pescado. Nuestra moto dejó atrás una lenta caravana de carros labriegos que iban por la carretera, muy pegados a la cuneta de la derecha. Un hombre caminaba junto a la primera mula y otros dormían aún entre los carros. Empezarían a trabajar al amanecer. Yo me inclinaba contra el saco del botín y la espalda de Fernando, ocultando el rostro al ramalazo del campo y la noche, que era como un largo azote perfumado de árboles, de heno, de charcas y acequias. Y tuve otra vez la extraña sensación del tejado del almacén, hacía unas horas. Un secreto goce de libertad, de plenitud, una angustia y un vértigo que la velocidad de la moto se llevaba lejos, lejos... Apreté mis rodillas sobre el contacto metálico de la máquina. El viento de los costados me ponía en los hombros dos alas inmensas y raudas. Llegamos a una estación de servicio.

—Hasta arriba —ordenó Fernando al hombre de la manga.

Junto al rojo depósito, un perro se había despertado y nos miraba. Teníamos los pantalones enrollados en las piernas. Fernando me pareció más zambo que nunca.

—Vale.

Del otro extremo de la estación de servicio arrancaba un enorme coche extranjero. El tipo que nos había servido la gasolina entró a la pequeña oficina para cambiar el billete que le había entregado Fernando. Me entretuve mirando un anuncio de neumáticos. Luego di la vuelta completa a la estación de servicio y oriné en la parte trasera. El campo estaba quieto y negro. Hacia oriente, el cielo iba adquiriendo una claridad mentolada. "Toda la noche en la moto", me dije. Fernando y el hombre de la gasolinera hablaban puestos en cuclillas junto a la máquina. Fernando le mostraba algo. Luego empuñó el manillar. Recogí del suelo nuestro pesado saco y subí a la moto. El tipo de la estación de servicio volvió a entrar en la garita de la oficina. Cuando salió, traía un rollo de periódicos en la mano. Fernando los estiró y se los puso debajo de la negra cazadora de cuero, cerrándose la cremallera hasta arriba.

—Es lo mejor para el viento —me dijo, ladeando la cabeza hacia mí.

Y arrancamos.

Una hora más tarde volvíamos a detenernos, en plena carretera, frente a un barracón de madera. Había en torno tres camiones con las luces apagadas. Sobre el letrero de

la puerta, una bombilla de luz azulada. "Cantina". En el interior, los camioneros bebían aguardiente. Tres de ellos estaban jugando a los chinos. El hombre del mostrador era delgado y viejo.

—Un café.

—Otro café.

—Y coñac.

—Y una ginebra.

Fernando echó su coñac en la taza de café y se lo bebió. Yo probé mi café, que sabía a puchero, y opté por dedicarme directamente a la ginebra. Un gato negro dormía sobre una silla. La taberna olía a pañales de niño. Los niños debían estar en la trastienda, durmiendo. El tabernero se puso a hacer cartuchos de pesetas rubias, envolviéndolas en una hoja de papel couché arrancada de una revista gráfica.

—¿A qué hora llegaremos? —le pregunté a Fernando.

—Antes de que se haya levantado el de la compraventa. Sobre las siete.

Pagué la consumición y salimos. Tras de nosotros salieron dos de los camioneros y el motor de uno de los camiones se puso en marcha. Sus faros encendidos nos iluminaban de espalda.

—Es de día —dije, cuando fue de día.

Con las pantorrillas doloridas y la cintura envarada, saqué la cabeza por encima del hombro de Fernando, levantando la barbilla y cerrando los ojos como para ducharme. La moto botaba en los baches. La luz, la brisa, el rocío, los olores del campo, se me reunieron en una sola punzada, dentro del cerebro. Viajábamos.

Era un poblachón espacioso y ocre, con una cara de piedra y otra de adobe, como una moneda falsa y bifronte, como un sucio medallón a punto de deshacerse entre los dedos. Media población dormía y la otra media estaba ya en el campo, trabajando. El sol andaba por los escudos y los portales cerrados. Nuestra moto iba despacio, dando brincos sobre el empedrado, sobre los breves montículos de basura.

—¿Por dónde queda la compraventa?

La vieja llevaba un niño dormido en los brazos.

—¿El corral de los hierros, dice?

—Sí, lo de Bernabé.

—Detrás de la iglesia.

El niño abrió los ojos y nos miró todavía desde el sueño.

—¿A qué hora abre el Bernabé?

—Hacia las nueve. Según. Tiene días.

Con las explosiones del tubo de escape, el niño se había despertado completamente. Por un momento, pareció que iba a llorar. La vieja le tapó la cara con su toquilla y se alejó.

—¿Y dónde habrá un bar por aquí?

—De momento, veo una fuente.

Dejamos la moto junto a la fuente, a la sombra de un árbol. Metí la cabeza debajo del chorro y luego me sequé con el pañuelo. Fernando se peinaba en seco su pelo negro y rizado. En el pueblo habían empezado a abrirse balcones. Alguien cantaba detrás de una tapia. Pasó un labriego regordete, con una guadaña al hombro.

—¿Qué hora es en este pueblo?

—Las siete y media, para servir.

—¿Y dónde dice que está el bar?

—Vengan.

Caminamos detrás de la guadaña mientras poníamos en hora los relojes. El bar tenía una cortina de rayas y estaba ya lleno de moscas madrugadoras. La moza era fea y llevaba una gasa negra por la cabeza, con las puntas escondidas dentro del vestido. El de la guadaña se puso en un rincón a liar un cigarrillo. Fernando y yo desayunamos

leche de cabra y mojicón.

—Pues no es mala la vida ésta.

—Demasiadas moscas.

—Y ni un mal limpia para los zapatos —dijo Fernando, mirándose el sucio charol de las punteras.

Hacia las nueve caímos por el corral de los hierros. El Bernabé tenía un negocio de compraventa bastante misterioso. Era un tipo rubio con diente de oro. De nuestro asunto debía saberlo casi todo. Fernando y él se fueron a un rincón para repasar la mercancía y yo me quedé haciendo las cuentas del dinero con una mujer joven y bastante hermosa, que no parecía ser del pueblo. Por dos veces la miré a los ojos, pero se limitó a cubrirse el escote con una mano, como aviso de que no estaba para bromas. Me quedé con mi parte de billetes y Fernando se hizo cargo de lo suyo y lo de los otros. Después de comer en el bar y dormir la siesta en una cuneta, emprendimos el viaje de regreso.

—Antes de llegar hay que parar en algún sitio para comprar un periódico, a ver si trae ya algo.

—Seguro que hasta venimos retratados —dije.

Fernando rió y cambió la velocidad. El campo estaba entre verde y oro. La moto había perdido suavidad. O quizá fuese que estábamos muy cansados. "A esta zorra le pasa algo", dijo Fernando.

Era un café cantante adonde se reunían estraperlistas —todavía quedaba alguno—, tratantes de ganado y estudiantes sin estudios. Las artistas llegaban por una pasarela hasta el tablado, que estaba en alto. Al menor giro de sus faldas gitanas, les veíamos las piernas hasta arriba. Había una que se llamaba Pilarín y le echaba mucho jaleo a la zambra, quizá por ser precisamente la menos andaluza, la menos gitana de todas; blanca y con los ojos achinados. Pilarín tenía una cicatriz en el muslo derecho. El día que descubrí esto, cuando creía que ya no me quedaba nada por descubrirle a la danza de Pilarín, tuve un raro deseo de aquella mujer, deseo que había de durarme mucho tiempo. Al final de sus actuaciones, Pilarín se quitaba el sombrero calañés, arrojándolo al público.

Esto era de mucho efecto.

Berto y alguno de los suyos caían por allí varias noches de cada semana. El asunto de la Olivita había tenido insospechadas consecuencias. Los gitanos, dispuestos a tomarse la justicia por su mano, llegaron a un amago de sublevación.

—La Guardia Civil ha acordonado el barrio.

El barrio de los gitanos estuvo acordonado durante unos días. El gobernador civil y la policía debían andar preocupados con el caso, de modo que, como suele ocurrir en estas ocasiones, el origen de todo el lío quedó lejano y casi olvidado. De momento, no había nada que temer. Ninguna sospecha sobre nosotros. Por otra parte, yo deseaba olvidar el asunto y ni siquiera le pregunté a Berto cómo iban las cosas entre su novia y el gitano. Berto, agradecido a mis buenos servicios de aquella noche, me procuró en el mercado de fruta un trabajo semejante al suyo, cómodo y no mal pagado, sin más inconvenientes que el madrugón.

—Dupont, esto es más tranquilo que andar saqueando almacenes. Y menos asqueroso que hacerse el enconradizo con las tías del Hotel Central.

Lo del almacén de contadores tampoco tuvo mayores consecuencias, a pesar de lo cual no me apetecía repetir la operación, entrar definitivamente en el oficio como un profesional. Arcos había escapado misteriosamente al sereno y los guardias de aquella noche. El dinero de los contadores y los rollos de cobre lo íbamos gastando despacio y a gusto. Arcos y Fernando acudían también casi todas las noches a verle la cicatriz del muslo a Pilarín.

—¿Dispuesto para una nueva operación? —me preguntaba Fernando, mientras la falsa flamenca jaleaba su zambra en el tablado.

—Deja. No hay prisa.

—Podíamos ir pensando algo...

—Por ir pensando...

—Si surge alguna cosa, ¿cuento con vosotros?

—No sé. Depende. Más adelante.

El Vespa y la Mogumbi se abrazaban en la mesa de al lado. A Amalia no volví a verla con aquel grupo. Había desaparecido. Nunca quise saber si el Vespa "se hizo con ella". Dupont había conocido en aquel café a un alemán nacionalizado español que se entendía con cierta señora de la ciudad. Dupont le llevaba y traía cartas y recados al alemán, y esto le proporcionaba un dinerillo. En su casa debían seguir creyendo que acudía todas las mañanas a la biblioteca. El café era amplio y antiguo. Las gentes de orden, las parejas de novios maduras y los militares retirados habían ido abandonándolo cuando el establecimiento empezó a contratar folklóricas. Los tratantes de ganado, los estudiantes y un amplio grupo de chicos y chicas en el que estábamos casi todos nosotros, fuimos la nueva clientela del café. El escándalo —lo que los periódicos de la ciudad llamaban "el escándalo"— iba creciendo peligrosamente tras las lunas del local, demasiado céntrico para que sus noches bulliciosas no resultasen casi una provocación.

Aquello acabó siendo algo así como nuestro cuartel general. Los tratantes, cansados

ya de gastarse el dinero de la feria en invitar a las artistas de la casa, que siempre eran las mismas, iban desapareciendo de allí. Hasta que un día llegó lo esperado. Festival de jazz en el café. Un sexteto de rock and roll. Dos negros y tres blancos. ¿Qué había sido de las folklóricas? ¿Qué había sido de Pilarín?

—Se ha escapado con un tratante.

—La han internado en el hospital. Sifilítica.

—Tiene un contrato para América.

Con la desaparición de la andaluza falsa, las verdaderas andaluzas iniciaron la desbandada. Alguien le advirtió a tiempo al dueño del café —un tipo aguileño y asténico, como un judío decolorado— que era el momento de cambiar las soleares por el rock. El anuncio del festival de jazz llevó al café a mucha gente joven. Algunas caras conocidas y una legión de caras desconocidas. Cazadoras y pantalones vaqueros. Coca y pepsi. Discos de Lionel Hampton y Duke Ellington en el altavoz, para ir ambientando.

No parecía el mismo sitio.

Estudiantes. Muchos estudiantes. Y gente joven de la calle. De las calles. Mucha gente joven. Muchos chicos y chicas de éstos que no eran exactamente estudiantes, ni obreros, ni empleados, ni dependientes. Seguidores del jazz. Virtuosos del rock. Los de todos los bailes de las afueras. Había en la sala un ritmo secreto, impaciente, contenido, que fue acallando las conversaciones. La gente esperaba aquello desde hacía mucho tiempo.

—Dos negros y tres blancos.

—¿De dónde son los negros?

—A lo mejor son moros —dijo un gracioso.

—De Nueva York.

—De Nueva Orleáns.

Pero los negros procedían, sencillamente, de una sala de fiestas de Barcelona.

Ya estaban los instrumentos en el tablado. El saxo, negro con redondeles de plata. La trompeta, deslumbrante. El contrabajo, grande y misterioso. La batería luciente y compleja, de metales brillantes y atirantados. Y un nuevo piano, negro y firme, que había sustituido al viejo penco musical de las noches andaluzas. Pero el sexteto no acababa de llegar. Louis Armstrong, en el altavoz. Las mesas habían sido relegadas junto a la pared y la gente se movía rítmicamente en toda la sala. Gillespie, en el altavoz. Glenn Miller. Refrescos y tomate, bebidos de la botella directamente. "Pensylvania Seis Cinco Mil." "Dieciséis toneladas." "Harlem Suite." Ella Fitzgerald. Un *spiritual* negro. Qué lejos ya, Pilarín y su calañés. La trompeta de Harry James, en el altavoz, Sidney Bechet. Una masa rubia se movía acompasadamente en la sala. Blues. Cool. Be-bop. Ragtime. Hacía calor. Los camareros parecían un poco desconcertados. "¿De dónde han salido todos éstos?", se leía en sus caras.

—Dicen que el dueño está en el retrete, encerrado por dentro, y que no quiere saber nada.

El sexteto fue acogido con una ovación electrizada. Cesó el altavoz. Crecieron los micrófonos. Seis micrófonos. Uno de los negros era alto y el otro bajo. Uno de los blancos traía consigo una guitarra eléctrica. Silencio. Alguien, quizá, iba a decir algo. No. Nadie iba a decir nada. Uno de los negros empezó, con voz profunda y rara:

*Rock, rock, rock...*

Elvis Presley. "Rock around the clock." Una gran oleada rubia acompañaba, desde abajo, los movimientos del negro. Rock, rock, rock. Ritmo, sudor. Ritmo, sudor. Rock and roll. Empezamos a bailar por parejas. Los camareros habían desaparecido. Los ritmos se encadenaban uno a otro. Eran un solo ritmo. Al piano, uno de los negros. El otro seguía junto al micrófono. Rock, rock, rock. Uno de los blancos tocaba la guitarra eléctrica. El sexteto había llegado a su plenitud rítmica. El músico blanco de la guitarra

eléctrica cantaba en inglés. El Vespa y la Mogumbi, en el centro de un corro de espectadores, bailaban. Fernando, Berto, Arcos... Todos estaban emparejados. Los estudiantes se habían lanzado a un rock vertiginoso. Alguien disparó un zapato contra una lámpara. Luego, otros zapatos. Otras lámparas. El establecimiento estaba en penumbra. Mi pareja era una chica con cara de estudiante. Tenía la melena larga y lisa, y esto me recordaba a Amalia. La estudiante y yo no habíamos cruzado una sola palabra. Solamente una sonrisa. Se movía frenéticamente. El rock la había poseído. Yo también me movía. Yo también la poseía, a través del baile, a través de la danza, de la música, del ritmo. No, yo no tenía nada que ver con ella. Éramos como dos planetas de distinto sistema. Bailábamos distanciados uno de otro. Un chico, una chica, otros bailarines, se cruzaban entre nosotros. Yo era sólo como un vago espejo reflejando los movimientos de ella. Rock, rock, rock. Luego, la música me fue individualizando. Era yo. Sólo yo. Apenas miraba, apenas veía ya sus rodillas tersas, sus talones marcados, cuando se volvía, el juego rápido de sus nalgas, dentro de la falda apretada. Todas las chicas bailaban descalzas. Era una danza vertiginosa.

*Rock, rock, rock...*

Olía toda la sala al sudor de los negros y al sudor de los blancos. A sudor de muchacha frenética, de virgen orgiástica. Eran los olores naturales, las fragancias secretas de la carne, impregnando y anulando los tibios efluvios del agua de colonia, del *rouge*, del maquillaje. Una ola mareante y absoluta crecía y crecía. Un ritmo tartamudo y caliente. Hubo, de pronto, un estrépito de sillas. Empezaron a volar sillas por el aire. ¿Cuánto tiempo, cuántas horas llevaba sonando el rock and roll? Berto gateaba por una de las columnas que sostenían el tablado. Desde arriba, ayudó a subir a la Mogumbi y a otras chicas, que se enrollaban la falda a la cintura para escalar más fácilmente. Una docena de chicos y chicas invadió el tablado, y el ruido de la batería se multiplicó. Yo había perdido de vista la melena de mi pareja. Caí vencido en una silla. Rock, rock, rock. El delirio destructor. El paroxismo. Se desprendían de las paredes lámparas y espejos. La multitud estaba enloquecida. El rock se agigantaba. Una chica lanzó un grito histérico de pájaro antes de caer desmayada. Luego otra. Y otra. Me puse de nuevo en pie. El mostrador. Había que saltar al otro lado del mostrador. Derribamos las botellas Los anaqueles. La gran plataforma de la cafetera. Advertí, de pronto, que una multitud me rodeaba y repetía mis movimientos. Cada uno de mis gestos se multiplicaba por mil, se desdoblaba en mil brazos, en mil manos, en mil gestos. Rock, rock, rock. Chicos y chicas escalaban continuamente la plataforma, y otros se lanzaban al suelo desde lo alto. Dos estudiantes muy jóvenes hacían el amor debajo del mostrador. El negro del micrófono tenía los ojos en blanco y la boca festoneada de espuma. Salté de nuevo el mostrador, cayendo en el centro del café. Una chica morena, con el pelo muy corto, se apretó contra mi pecho, tomando impulso para saltar hacia atrás. Quedó frente a mí, a dos metros de distancia; llevaba un pantalón muy ceñido. Empezó a mover las piernas velozmente, al compás del rock. Tiró una y otra vez de mis manos, obligándome a seguir su ritmo. En uno de mis rápidos giros, vi cómo la cristalera del café se venía abajo. Por el hueco empezaron a entrar policías.

*Rock, rock, rock...*

Hubo desbandada general. Nos apelonamos en la puerta trasera. Entre los que levantaban barricadas de mesas y sillas frente a la policía, reconocí a Dupont. Tiré de él hacia un rincón. Poniendo una mesa encima de otra, alcanzamos el tragaluz del techo. Rompí el cristal con la cabeza y los trozos me llovieron a lo largo del cuerpo. Escapamos por allí, saltando a un callejón. Por la ventana de una bodega fuimos a dar a un angosto retrete, y allí estuvimos hasta que el largo estrépito del café empezó a decrecer.

—¿Salimos?

Estaba lloviendo. Caminamos por el callejón con la cabeza hundida entre los hombros.

Tomamos la dirección contraria a la del café, sin volver en ningún momento la cabeza, y en un cruce de calles nos separamos sin pronunciar palabra. Los coches cruzaban velozmente, poniendo amarilla la lluvia con la luz de sus faros.

Al día siguiente, por la mañana, pasé por el bar donde solía reunirse Fernando con su gente. El mismo donde habíamos planeado el robo de los contadores. El establecimiento estaba en penumbra. En la máquina de discos sonaba una canción francesa. Encontré muchas caras conocidas en el grupo que había al final de la barra. Dupont les estaba leyendo el periódico a media voz.

—Los polis han precintado el café.

—Hay tres estudiantes en la cárcel.

—¿Y los músicos?

—Han desaparecido.

Tres estudiantes en la cárcel. Cinco chicas en el hospital. (Una había intentado suicidarse delante de las enfermeras.) La prensa se ocupaba extensamente del suceso. Remontaba su información al caso del chico ahogado en el río, pasando luego por lo de la Olivita, el robo de los contadores y otras operaciones que, sin duda, eran cosa de Fernando. Finalmente, se pormenorizaba lo ocurrido en el festival de rock. Dupont lo fue leyendo todo.

—Y hay también una pastoral del obispo.

—En la Universidad anuncian huelga para pedir la libertad de los tres estudiantes.

—Se dice que al gobernador va a costarle el cargo.

—Y hablan de células comunistas.

El más leído comentarista local escribía extensamente sobre todo ello. Los editoriales de todos los periódicos se ocupaban de nosotros. "Alarmante brote de delincuencia juvenil en nuestra vieja ciudad." "En el extranjero les llaman *teddy-boys*, *blouson noir*, *fans*, etc. Aquí, en España, se les ha llamado gamberros, pero creemos que no se trata sino de los delincuentes y malnacidos que ha habido en todas las épocas." "Una juventud que traiciona la educación recibida." "Europa y América conocen por *fans* a los seguidores idólatras de las más populares figuras del cine y la canción; pero en España y en nuestra vieja ciudad no queremos *fans*. Nuestra juventud tiene otras figuras históricas y ejemplares a quienes seguir..."

Fui a la máquina de discos, y cambié la canción. Ni rock, ni twist, ni canción francesa. Cantaba el viejo Sinatra. "Alarmante brote de delincuencia juvenil en nuestra vieja ciudad." Pensé que toda aquella cháchara de los periódicos era, por fin, la respuesta, el temblor, el miedo de las largas calles y los imponentes Bancos y la sombría y sorda y muda ciudad en cuyo arroyo me había debatido durante toda mi vida, desde niño, hasta los dieciséis años, hasta los diecisiete años... Diecisiete años. "Ahora por fin, contestan." En una noche de niebla, le había preguntado a Dupont quién tenía las llaves de todo aquello. Cómo se podía hacer para tener algo, para ser algo. Siempre muda y fría la piedra de los grandes edificios. Y ahora, por fin, una respuesta. No era una ciudad sólo de piedra, sino una ciudad viviente que respondía. "Alarmante brote de delincuencia juvenil." "Traición a la recta educación recibida." El viejo Sinatra, el de las películas lluviosas de hacía unos años, había dejado de cantar.

—¿Contamos con chicas?

—Cinco. Pero...

—Qué.

—Son, en realidad, tres y dos.

—Tres y dos. Pues tenemos que averiguar cuánto suman tres y dos.

—No es eso, coño. Quiero decir que hay tres de un barrio y dos de otro.

—Ya sabes lo que pasa, ¿no? Hasta que cogen confianza entre ellas...

—Cuando cogen confianza, es peor. Se convierten en un bloque impenetrable.

—Entonces, traeremos una de cada punta de la ciudad.

—Pues eso sería lo perfecto. Y sin cachondeo.

—Hay dos que, al parecer, son "formales".

—¿Formales?

—Que no son plan, vamos.

—Se las explica lo que es ser plan, y ya está.

—Bueno, a lo que íbamos. Que en total son cinco.

—Cinco, no. Tres por un lado y dos por otro.

—Y dale.

Los *fans*, como les llamaba la prensa, no habían vuelto a reunirse multitudinariamente después de lo del antiguo café cantante. Pero improvisaban pequeñas reuniones de jazz en diferentes puntos de la ciudad. El brote asomaba de pronto en un bar de las afueras, en una cafetería con discos, en cualquier sala de baile céntrica o suburbana. Había pasado el eco casi dramático que la apoteosis de la noche del café suscitara en la ciudad, pero la inquietud, una vez nacida, estaba en el aire. Como una secreta eclosión. Como un tácito estado de emergencia. Las viejas piedras y los solemnes frontispicios parecían haber perdido su paz de siglos definitivamente.

No ocurría nada nuevo, mas nada era ya como antes.

Junto al bar con discos de Sinatra estaba la tienda de José Luis. Es decir, del padre de José Luis. Una vieja tienda de guantes y manoplas que había ido perdiendo su antigua y honorable clientela.

—Mi padre se empeña en seguir vendiendo botines, y en que todos sigamos usando botines. Qué loca.

José Luis, de su padre, siempre decía "qué loca". Los botines y los guantes y las manoplas se llenaban de polvo, año tras año, en el sombrío escaparate de lo que fuera antigua calle comercial, constelada hoy de bares dudosos, clubs nocturnos y establecimientos subterráneos. Los colores fluorescentes de los anuncios se entrecruzaban de acera a acera, sobre la estrecha calle, poniendo en las viejas fachadas un cartel de luces violentas y movedizas.

Me parece que José Luis odiaba a su padre. José Luis estudiaba para perito de algo. Tenía flequillo y arreboles de niño travieso. Unas pestañas largas y una risa casi inocente. Pero era un perfecto y simpático canalla con bruscas salidas de cretino y mucho esmero para las mujeres. Dejaba pasar los cursos sin presentarse jamás a examen. Una vez se escapó a Mallorca con una italiana. Otra vez se escapó a Alemania con una alemana. De Alemania lo trajeron en camilla, tuberculoso y hambriento. Todas estas cosas le habían dado un prestigio entre la bulliciosa gente de los diecisiete y dieciocho años. Siempre andaba liado con alguna turista del Hotel Central, y subía directamente a la habitación de la señora, sin pasar por conserjería. Había viajado por toda Europa participando en regatas universitarias. En cuanto su equipo tomaba la salida, procuraba volcar la piragua, autoeliminándose sistemáticamente antes de que nadie pudiera apreciar la mucha, poca o ninguna preparación de él y su gente.

—Y estoy harto de que mi padre me lleve con él a la tienda para hacerle risitas a las menopáusicas que entran a comprarse unos guantes de manopla.

El almacén de guantería estaba en la planta superior. Era un sitio abandonado y oscuro. Un almacén sin nada que almacenar, porque las escasas existencias se exhibían en el escaparate. En el almacén había una piragua que José Luis robó en unas regatas, y un brazo de escayola, con los dedos de la mano muy extendidos, calzando un guante de señora. Entre las puntas de aquellos cinco dedos de muerto se tejían sutiles telarañas que tenían ya calidad de cartílago, como si la solitaria, varada y aristocrática mano extendiese o acariciase una espesa seda. Aquel almacén era el reino de José Luis. Lo tenía empapelado con páginas del "París-Hollywood", carpetas de discos y banderines de regatas.

—Para esta tarde contamos con cinco chicas.

Se bailaba el rock, el mambo, el twist, últimamente... Algunas noches, José Luis se encontraba allí con una chica o con toda una señora, hasta la mañana siguiente.

—¿Pero tienes cama ahí arriba? —preguntaban las profesionales.

—Cama, no. Una piragua.

—¿Una piragua?

—Es mucho mejor.

—Pues en una piragua se va a acostar tu madre.

Ya se sabe lo escogidas que son las del oficio. "En cambio, las que vienen por amor —decía José Luis— no reparan en nada. Todo les parece bien. Todo lo encuentran maravilloso. A nada le hacen ascos."

Whisky, discos y coca-cola. Eso era todo. "Pero caen como moscas." Alguna vez, el padre de José Luis, cuando subía al almacén para encender o apagar la luz de los escaparates, había sorprendido al chico dentro de la piragua, con una mujer.

Nos reuníamos con las chicas en el bar y luego íbamos subiendo por parejas, o de uno en uno. José Luis era un artista del rock. Les hacía demostraciones a las chicas que llegaban allí por primera vez. Luego elegía su pareja y le proponía lo de la piragua. El Vespa y la Mogumbi, Arcos, Fernando, Berto, Dupont, todos y todas habían pasado ya por aquella piragua. Únicamente faltaba yo, que siempre había rehusado debutar así, casi a la vista de todos y, quizá, con una chica tan inexperta como yo mismo. Un día comprendí que Dupont estaba en el secreto de mi virginidad. Él era el único. Me lo dio a entender allí, en el almacén de la guantería, mientras la voz y la guitarra de Elvis Presley ponían en toda la pandilla el vértigo del rock and roll.

—Estrella es cosa tuya. ¿Por qué no te la llevas al cuarto de la piragua?

—¿Te has fijado que un ojo le bizquea?

—Ya. Pero mírala ahora, cómo le pega al rock. Tiene un cuerpo precioso. Y qué sueltcita.

Dupont, el tímido Dupont, estaba hablándome como yo mismo le había hablado a él otras veces.

—Estoy seguro —dijo— de que ese ojo que la bizquea ha sido su salvación. Muchos le deben haber hecho ascos al ojo, y por eso está la niña nuevecita. Se ve que no sabe nada de nada. Pero nada.

Alguna vez había besado yo a Estrella. Y recordaba, muy de cerca, su ojo bizco, lentamente desviado, hermoso y desgraciado, triste, como un lucero perdido, melancólico, errante. Había tenido que cerrar los ojos para seguir besando. Era un ojo tristísimo —habiendo podido ser tan bello—, que le quitaba a uno todo ardor. Pensé en aquel ojo, en su colocación asimétrica, mirándome inocente y reprochador cuando fuese a consumarse todo entre ella y yo. "No. Recordaría ese ojo siempre. Para siempre", me dije. Dupont se había emparejado y me dejó en paz.

A veces, el periódico daba noticias de los *fans* y sus excesos en algún rincón de la ciudad. Cualquiera día sería el almacén de José Luis el lugar del escándalo. "No os preocupéis. Mi padre lo arreglaría todo. Tiene relaciones. Gente de botines." Y José Luis reía al decir esto. Las reuniones en la guantería se prolongaron a lo largo de todo un otoño y todo un invierno. Eran reuniones diarias o semanales, según las temporadas. Según la abundancia o escasez de chicas. Yo seguía esperando la ocasión de mi debut.

—Es mejor con una profesional —le decía a Dupont, diciéndomelo a mí mismo.

—Ten cuidado, a ver si te pegan algo.

Todavía el rito sexual conservaba para mí un prestigio mágico. Por otra parte, Dupont me había contado cosas de la prostitución en el antiguo Egipto y en la antigua Grecia —cosas que leyó alguna vez en la biblioteca de sus buenos tiempos—, y sus relatos contribuyeron a crear en mí un respeto supersticioso por aquellas pobres mujeres del

viejo barrio de putas y lagartas y gitanos componedores de paraguas.

—Son unas marranas.

No. No eran unas marranas. Tenían en sí el secreto y la herencia de un pecado casi mitológico. Eran las continuadoras de aquel Egipto fálico, y de Pompeya lasciva, y de mil historias o leyendas que Dupont había leído en los libros prohibidos de la biblioteca. Y yo creía en Dupont. Él no me engañaba. Él sabía cosas. Y, además, yo le había sacado de su biblioteca y le había echado a las calles. "Yo le he hecho un hombre." Y este pensamiento me divertía interiormente.

Un día, José Luis decidió convertir su almacén en estudio fotográfico. Ya no le bastaba con recibir de contrabando "París-Hollywood" y empapelar con él las paredes. Necesitaba crear desnudos como aquellos de la revista. Desnudos más o menos artísticos. Entre los asiduos al almacén había un chico que trabajaba en una tienda de material fotográfico. Se pusieron de acuerdo para utilizar secretamente una máquina suiza con sus correspondientes rollos de película. José Luis hablaba a las chicas en el fondo de la piragua.

—Tienes un cuerpo tan bonito... Me gustaría hacerte una foto.

—Ay, yo salgo muy mal en las fotos. Tengo una vestida de lagarterana...

—No. Yo no te la haría vestida de nada.

—¿De nada?

—Desnuda. Como ésas de la pared. Bueno, y tú eres mucho más joven que ésas. Quedarías de miedo.

José Luis fotografiaba y el otro revelaba. José Luis trató de encontrarle mercado a sus obras de arte, pero en el país no había salida para aquel material. De modo que aquellas chicas que posaban desnudas por primera vez fueron sustituyendo a las modelos en sepia del "París-Hollywood".

—Yo no me he dejado retratar así para que luego me pongas en la pared, a la vista de todo el mundo.

—Pues si supieras cómo estás gustando a las visitas...

José Luis era un cínico con sonrisa de párvulo.

Algunas noches, los fanáticos del rock entraban en trance y nos contagiaban a todos. Ya no había besos en los rincones, ni idilios en la piragua, ni abrazos por sorpresa. Rock. Solamente rock. Hasta la extenuación. Hasta los gritos y las protestas de los vecinos.

—Ya podía mi abuelo haber puesto la tienda en un barrio más aficionado al rock

—decía José Luis.

"Guantería de París. Casa fundada en 1885." El letrero estaba sobre el escaparate y en los anaqueles vacíos.

—Pero en los tiempos de tu abuelo no se bailaba el rock —decía la ingenua de aquella noche.

Con la llegada de la primavera, la guantería empezó a resultar un sitio demasiado caluroso.

—En la carretera de Barcelona hay una piscina donde se baila por las tardes.

El destino nos empujaba hacia la carretera de Barcelona. Diecisiete años. Pronto, dieciocho años. "Vas a llegar a eso que llaman la mayoría de edad virgen y mártir", me decía yo. Una tarde tomamos el tren de cercanías dispuestos a conquistar aquella piscina de la carretera de Barcelona. Estrella procuraba viajar siempre a mi lado. Yo advertía la búsqueda de sus ojos. Era el ojo bizco, sobre todo, el que me buscaba, me perseguía, girando, girando, como un faro de puerto. Solitario y melancólico como un faro. Nos bajamos del tren en un apeadero y cruzamos los campos hacia la carretera. Quince o veinte chicos y chicas. Las sandalias, los mocasines, los pies descalzos pisaban los sembrados, los brotes tiernos de primavera. Éramos mala gente que cruzaba cantando bajo el sol. Éramos mala gente y lo sabíamos, y esto nos llenaba de

ardor y de música. Hasta que un guarda gritó a lo lejos. Vinieron tres perros mastines. Luchamos con ellos a pedradas. Era una batalla entre risas y revolcones. Los guardas, retrasados, azuzaban a los bichos desde lejos. De pronto, entre la huida de las chicas, vi cómo uno de los mastines caía sobre Estrella, desgarrando su pantalón vaquero. Toda la fidelidad de Estrella, la admiración muda de su ojos, de su triste ojo hermoso y extraviado, me llenó de golpe el pecho. Luché a patadas contra el perro y cuando se revolcaba en el suelo dejé caer sobre él la gran piedra con que me había defendido de las dentelladas del animal. Quedó sobre los surcos inmóvil y como aplastado, con la cabeza ensangrentada. Las voces de los guardas crecían sobre nosotros. La sangre del perro seguía manando, filtrándose en la tierra, esponjándose al sol como un rojo hervor. El tiempo, que se había detenido bruscamente, empezó a hacerse veloz. Yo corría llevando a Estrella de la mano. Corríamos tras el grupo, sobre la tierra blanda de los surcos, perseguidos por los guardas y los otros dos perros. Uno de los guardas hizo dos disparos de pólvora sola, para excitar a los mastines. Las chicas gritaban y reían histéricamente. Estrella saltaba a mi lado con una rodilla al aire. Llegados a la carretera, contuvimos a pedradas el avance de nuestros perseguidores.

—¡Hay que parar un coche!

Mientras unos arrojábamos piedras, otros cubrieron la carretera, deteniendo al paso un amplio descapotable. Saltamos al coche en enjambre. Berto se había hecho con el volante. El automóvil volaba por la carretera, dejando atrás, muy lejos, un erizado grupo de guardas, labriegos, pastores y mastines. La familia de turistas que viajaba en el descapotable nos increpaba en español.

—¡Gambegos! ¡Gambegos!

Bailamos en la pista de la piscina hasta bien entrada la noche. Al regreso, en el tren de cercanías, Dupont, Berto y yo nos encerramos en un retrete y fuimos arrojando a la vía, durante el viaje, el espejo, el lavabo, la jabonera, la tapa del sumidero... Estrella cantaba en la ventanilla de al lado. Salí del retrete y la besé en la boca, cerrando previamente sus ojos con la palma de mi mano.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Emprendió su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975).<sup>4</sup> Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico* (1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar* (1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País* (1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como movida madrileña. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

*Spleen de Madrid-2* (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.